



LECTIO DIVINA

XVII Semana del tiempo ordinario
Del 29 de julio al 03 de agosto de 2024



LUNES, 29 DE JULIO DE 2024
SANTA MARTA, MARÍA Y LÁZARO (MO)
En medio de la tormenta

Oración introductoria

Jesús, aumenta mi fe. Quiero creer con sencillez, pero con firmeza, que Tú eres mi Dios y que estás realmente presente en el Sagrario.

Mi fe es débil porque, si por un lado la teoría no me falta, muchas veces la rutina hace que me olvide del gran misterio de la Eucaristía.

Te pido que me des la gracia de tener una fe por lo menos como un grano de mostaza.

Petición

Padre Santo, haz que tenga el anhelo de llevar a todos los hombres, mis hermanos, la Buena Nueva de tu Evangelio

Lectura del libro de Jeremías (Jer. 13, 1-11)

Esto me dijo el Señor: «Ve, cómprate un cinturón de lino y rodéate con él la cintura; pero no lo metas en el agua». Me compré el cinturón, según me lo mandó el Señor, y me lo ceñí. El Señor me dirigió la palabra por segunda vez: «Torna el cinturón que has comprado y que llevas ceñido; ponte en marcha hacia el río Éufrates y lo escondes allí, entre las hendiduras de las piedras». Fui y lo escondí en el Éufrates, según me había mandado el Señor. Tiempo después me dijo el Señor: «Vete al río Éufrates y recoge el cinturón que te mandé esconder allí». Fui al Éufrates, cavé, y recogí el cinturón del sitio donde lo había

escondido: estaba estropeado, no servía para nada. Entonces el Señor me habló así: «Esto dice el Señor: Del mismo modo consumiré la soberbia de Judá, la gran soberbia de Jerusalén. Este pueblo malvado que se niega a escuchar mis palabras, que se comporta con corazón obstinado y sigue a dioses extranjeros, para rendirles culto y adorarlos, será como ese cinturón que ya no sirve para nada. Porque del mismo modo que se ajusta el cinturón a la cintura del hombre, así hice yo que se ajustaran a mí la casa de Judá y la casa de Israel - oráculo del Señor -, para que fueran mi pueblo, mi fama, mi alabanza, y mi honor. Pero no me escucharon».

Salmo (Sal. Dt 32, 18-21)

Despreciaste a la Roca que te engendró.

Despreciaste a la Roca que te engendró, y olvidaste al Dios que te dio a luz. Lo vio el Señor, e irritado rechazó a sus hijos e hijas. R.

Pensando: «Les esconderé mi rostro y veré en qué acaban, porque son una generación pervertida, unos hijos desleales». R.

«Me han dado celos con un dios que no es dios, me han irritado con sus ídolos vacíos; pues yo les daré celos con un pueblo que no es pueblo, con una nación fatua los irritaré». R.

Lectura del santo Evangelio según san Mateo (Juan 11, 19-27)

En aquel tiempo, muchos judíos habían ido a ver a Marta y a María para consolarlas por la muerte de su hermano Lázaro. Apenas oyó Marta que Jesús llegaba, salió a su encuentro; pero María se quedó en casa. Le dijo a Marta a Jesús: “Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano. Pero aún ahora estoy segura de que Dios te concederá cuanto le pidas”. Jesús le dijo: “Tu hermano resucitará”.

Marta respondió: “Ya sé que resucitará en la resurrección del último día”. Jesús le dijo: “Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y todo aquel que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees tú esto?”. Ella le contestó: “Sí, Señor. Creo firmemente que Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo”.

Releemos el evangelio

San Agustín (354-430)

obispo de Hipona (África del Norte), doctor de la Iglesia

Sermón 103, 1.5; PL 38, 613 (trad. cf breviario 29/07)

«Una mujer que se llamaba Marta lo recibió en su casa» (Lc 10,38)

Cada vez que lo hicisteis con uno de éstos, mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis. (Mt 25,40) Por lo demás, tú, Marta – dicho sea, con tu venia, y bendita seas por tus buenos servicios–, buscas el descanso como recompensa de tu trabajo. Ahora estás ocupada en los mil detalles de tu servicio, quieres alimentar unos cuerpos que son mortales, aunque ciertamente son de santos; pero ¿por ventura, cuando llegues a la patria celestial, hallarás peregrinos a quienes hospedar, hambrientos con quienes partir tu pan, sedientos a quienes dar de beber, enfermos a quienes visitar, litigantes a quienes poner en paz, muertos a quienes enterrar?

Todo esto allí ya no existirá; allí sólo habrá lo que María ha elegido: allí seremos nosotros alimentados, no tendremos que alimentar a los demás. Por esto, allí alcanzará su plenitud y perfección lo que aquí ha elegido María, la que recogía las migajas de la mesa opulenta de la palabra del Señor. ¿Quieres saber lo que allí ocurrirá? Dice el mismo Señor, refiriéndose a sus siervos: Os aseguro que los hará sentar a la mesa y los irá sirviendo (Lc 12,37).

Palabras del Santo Padre Francisco

«Lázaro llevaba muerto tres días cuando llegó Jesús. Y a sus hermanas, Marta y María, les dijo palabras que se han grabado para siempre en la memoria de la comunidad cristiana. Así dice Jesús: “Yo soy la resurrección y la vida; Quien cree en mí, aunque muera, vivirá; El que vive y cree en mí no morirá eternamente”. Considerando esta palabra del Señor, nosotros creemos que la vida de aquel que cree en Jesús y sigue sus mandamientos, después de la muerte se transformará en una vida nueva, plena e inmortal. Como Jesús ha resucitado con su propio cuerpo, pero no ha regresado a una vida terrenal, así nosotros resucitaremos con nuestros cuerpos que serán transfigurados en cuerpos gloriosos. Él nos espera junto al Padre. Y la fuerza del Espíritu Santo, que Le ha resucitado, resucitará también a quien está con Él». (*Ángelus de S.S. Francisco, 6 de abril de 2014*).

Meditación

«Creo firmemente que Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo». Marta en este momento está pasando por una prueba muy dura pues su hermano hace unos días que ha muerto. Sabe que Jesús, pudiendo haber hecho algo, ha preferido no hacer nada. Y en medio de estas circunstancias adversas pronuncia esta frase con convicción total, pero con sencillez impresionante.

Pensemos en Pedro cuando la barca estaba por huirse. Grita y se desespera. Y se da cuenta cuando el Maestro los saca de la tempestad. Poco a poco Pedro aprende que a veces hay que ser más fuertes y tener fe. Después el ladrón que estaba al lado de la cruz de Jesús le gritaba «Si eres Dios sálvate a ti y a nosotros». Es decir, muchas veces la fe está puesta en los milagros o en los hechos asombrosos. Pero ¿qué pasa cuando llega el dolor irreversible y no hay milagros?

Marta nos enseña dos cosas. Lo primero es pedir. Pide con confianza a Jesús la curación de su hermano. Cuando estamos sufriendo acudamos a Jesús, Él, muchas veces, es el único que puede ayudarnos, consolarnos, curarnos. Lo segundo es la fe profunda. Cuando ve que no recibe la respuesta que quería del Maestro permanece tranquila y dice esas palabras que revelan el corazón creyente de la mujer sencilla.

Oración final

Yo, en cambio, cantaré tu fuerza,
aclamaré tu lealtad por la mañana;
pues has sido un baluarte para mí,
un refugio el día de la angustia. (Sal 59,17)

MARTES, 30 DE JULIO DE 2024

Ayúdame a comprender

Oración introductoria

Padre, te pido que me ayudes a ponerme en tu presencia y que mandes sobre mí tu Espíritu, para poder ver las situaciones que me rodean con más fe, con más esperanza y con más amor, con los ojos de Jesús.

Petición

Señor, hazme comprender que la eternidad, puede estar ya presente en el centro de mi vida terrena y temporal, mediante la gracia.

Lectura del libro de Jeremías (Jer. 14, 17-22)

Mis ojos se deshacen en lágrimas, de día y de noche no cesan: por la terrible desgracia que padece la doncella, hija de mi pueblo, una herida de fuertes dolores. Salgo al campo: muertos a espada; entro en la ciudad: desfallecidos de hambre; tanto el profeta como el sacerdote vagan sin sentido por el país. ¿Por qué has rechazado del todo a Judá? ¿Tiene asco tu garganta de Sión? ¿Por qué nos has herido sin remedio? Se espera la paz, y no hay bienestar, al tiempo de la cura sucede la turbación. Reconocemos, Señor, nuestra impiedad, la culpa de nuestros padres, porque pecamos contra ti. No nos rechaces, por tu nombre, no desprestigies tu trono glorioso; recuerda y no rompas tu alianza con nosotros. ¿Tienen los gentiles ídolos de la lluvia? ¿Dan los cielos de por sí los aguaceros? ¿No eres tú, Señor, Dios nuestro; tú, que eres nuestra esperanza, porque tú lo hiciste todo?

Salmo (Sal 78)

Por el honor de tu nombre líbranos, Señor.

No recuerdes contra nosotros las culpas de nuestros padres; que tu compasión nos alcance pronto, pues estamos agotados. R.

Socórrenos, Dios, Salvador nuestro, por el honor de tu nombre; líbranos y perdona nuestros pecados a causa de tu nombre. R.

Llegue a tu presencia el gemido del cautivo: con tu brazo poderoso, salva a los condenados a muerte. Nosotros, pueblo tuyo, ovejas de tu rebaño, te daremos gracias siempre, cantaremos tus alabanzas de generación en generación. R.

Lectura del santo Evangelio según san Mateo (Mt. 13, 36-43)

En aquel tiempo, Jesús dejó a la gente y se fue a casa. Los discípulos se le acercaron a decirle: «Explícanos la parábola de la cizaña en el campo». Él les contestó: «El que siembra la buena semilla es el Hijo del hombre; el campo es el mundo; la buena semilla son los ciudadanos del reino; la cizaña son los partidarios del Maligno; el enemigo que la siembra es el diablo; la cosecha es el fin del tiempo, y los segadores los ángeles. Lo mismo que se arranca la cizaña y se echa al fuego, así será al fin del tiempo: el Hijo del hombre enviará a sus ángeles, y arrancarán de su reino todos los escándalos y a todos los que obran iniquidad, y los arrojarán al horno de fuego; allí será el llanto y el rechinar de dientes. Entonces los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre. El que tenga oídos, que oiga».

Releemos el evangelio

Catecismo de la Iglesia Católica

§ 823 – 827

«Creo en la Iglesia una, santa, católica y apostólica»

«La Iglesia es santa: A los ojos de la fe la Iglesia no puede dejar de ser santa. En efecto, Cristo, el Hijo de Dios a quien con el Padre y con el Espíritu se proclama 'el solo santo' amó a su Iglesia como a su esposa. Él se entregó por ella para santificarla, la unió a sí mismo como su propio cuerpo y la llenó del don del Espíritu Santo para gloria de Dios». La Iglesia es, pues, «el Pueblo santo de Dios» y sus miembros son llamados «santos» (Lumen gentium, 39,12; 1C 6,1) ... Por Cristo y en él también ha sido hecha santificadora... Es en ella donde «conseguimos la santidad por la gracia de Dios» ... En sus miembros la santidad perfecta está todavía por alcanzar...

«Mientras que Cristo, santo, inocente, sin mancha, no conoció el pecado, sino que vino solamente a expiar los pecados del pueblo, la Iglesia abrazando en su seno a los pecadores, es a la vez santa y siempre necesitada de purificación y busca sin cesar la conversión y la renovación» (LG 42). Todos los miembros de la Iglesia, incluso sus ministros, deben reconocerse pecadores. En todos, la cizaña del pecado todavía se encuentra mezclada con la buena semilla del Evangelio hasta el fin de los tiempos. La Iglesia, pues, congrega a pecadores alcanzados ya por la salvación de Cristo, pero aún en vías de santificación: «La Iglesia es, pues, santa, aunque abarque en su seno pecadores; porque ella no goza de otra vida que de la vida de la gracia; sus miembros, ciertamente, si se alimentan de esta vida se santifican; si se apartan de ella contraen pecados y manchas del alma, que impiden que la santidad de ella se difunda radiante. Por lo que se aflige y hace penitencia por aquellos pecados, teniendo poder de librar de ellos a sus hijos por la sangre de Cristo y el don del Espíritu Santo.»

Palabras del Santo Padre Francisco

«La hora del anuncio gozoso y la hora de la persecución y de la Cruz van juntas. El anuncio del Evangelio siempre está ligado al abrazo de alguna Cruz concreta. La luz mansa de la Palabra genera claridad en los corazones bien dispuestos y confusión y rechazo en los que no lo están. Esto lo vemos constantemente en el Evangelio. La semilla buena sembrada en el campo da fruto -el ciento, el sesenta, el treinta por uno-, pero también despierta la envidia del enemigo que compulsivamente se pone a sembrar cizaña durante la noche.» (*Homilía de S.S. Francisco, 1 de abril de 2021*).

Meditación

Cuando miramos alrededor en el mundo y en nuestras vidas, podemos ver tanta cizaña, tantas cosas negativas, tantas heridas, tanto mal. Y muchas veces podemos preguntarnos, si existe este mal, ¿cómo es que existe Dios? ¿Por qué lo permite?

Jesús, en este tiempo, en este día, ahora que estamos aquí Tú y yo solos, quiero acercarme a Ti y pedirte: explícame la parábola a mí. Ayúdame a ver que el mal en el mundo no te hace a Ti menos grande ni te hace amarme menos. Ayúdame a darme cuenta de que, así como romper la *Mona Lisa* no quiere decir que Leonardo da Vinci no exista, así el hecho de que haya mal en el mundo y que este mal afecte tu creación, tampoco quiere decir que Tú no existas y que no estés cerca de mí.

Ayúdame a mejor preguntarme: ¿qué me quieres decir con ello? ¿Será acaso que así me muestras que no importa cuántas veces me equivoque, Tú me amas a pesar del mal que pueda hacer? ¿Será que quieres decirme que amas también a quienes hacen el mal y me pides amarlos como Tú? Tal vez incluso a quienes me han herido profundamente... Ayúdame a escuchar hoy tu Palabra y entender qué quieres enseñarme con este Evangelio.

Oración final

Feliz quien se apoya en el Dios de Jacob,
quien tiene su esperanza en Yahvé,
su Dios, que hizo el cielo y la tierra,
el mar y cuanto hay en ellos;
que guarda por siempre su lealtad. (Sal 146,5-6)

MIÉRCOLES, 31 DE JULIO DE 2024
SAN IGNACIO DE LOYOLA, PRESBITERO (MO)
¿El reino es tesoro o comerciante?

Oración introductoria

Espíritu Santo, ven a mi corazón. Creo en ti, creo que estás presente en mi alma, que hablas en mí y que me hablas a mí. Espero en Jesús, espero en la salvación que Él me trajo y espero en su forma de amarme.

Y por eso, amo, amo al Padre, a mí Padre, que me ama también con amor infinito, que me ve como lo más grande del mundo. Ayúdame a abrirte mi corazón y a escucharte durante esta oración.

Petición

Señor, sé Tú mi grande y único tesoro.

Lectura del libro de Jeremías (Jer. 15, 10. 16-21)

¡Ay de mí, madre mía, me has engendrado para discutir y pleitear por todo el país! Ni he prestado ni me han prestado, en cambio, todos me maldicen. Si encontraba tus palabras, las devoraba: tus palabras me servían de gozo, eran la alegría de mi corazón, y tu nombre era invocado sobre mí, Señor Dios del universo. No me junté con la gente amiga de la juerga y el disfrute; me forzaste a vivir, pues me habías llenado de tu ira. ¿Por qué se ha hecho crónica mi llaga, enconada e incurable mi herida? Te has vuelto para mi arroyo engañoso de aguas inconstantes. Entonces respondió el Señor: «Si vuelves, te dejaré volver, y así estarás a mi servicio; si separas la escoria del metal, yo hablaré por tu boca. Ellos volverán a ti, pero tú no vuelvas a ellos.

Haré de ti frente al pueblo muralla de bronce inexpugnable: lucharán contra ti, pero no te podrán, porque yo estoy contigo para librarte y salvarte - oráculo del Señor -. Te libraré de manos de los malvados, te rescataré del puño de los violentos».

Salmo (Sal 58)

Dios es mi refugio en el peligro.

Líbrame de mi enemigo, Dios mío; protégeme de mis agresores, líbrame de los malhechores, sálvame de los hombres sanguinarios. R.

Mira que me están acechando, y me acosan los poderosos: sin que yo haya pecado ni faltado, Señor. R.

Por ti velo, fortaleza mía, que mi alcázar es Dios. Que tu favor se me adelante, Dios mío, y me haga ver la derrota de mi enemigo. R.

Pero yo cantaré tu fuerza, por la mañana proclamaré tu misericordia; porque has sido mi alcázar y mi refugio en el peligro. R.

Y tañeré en tu honor, fuerza mía, porque tú, oh Dios, eres mi alcázar, Dios mío, misericordia mía. R.

Lectura del santo Evangelio según san Mateo (Mt. 13, 44-46)

En aquel tiempo, dijo Jesús al gentío: «El reino de los cielos se parece a un tesoro escondido en el campo: el que lo encuentra lo vuelve a esconder y, lleno de alegría, va a vender todo lo que tiene y compra el campo. El reino de los cielos se parece también a un comerciante de perlas finas, que al encontrar una de gran valor se va a vender todo lo que tiene y la compra».

Releemos el evangelio

San Nersés Shnorhalí (1102-1173)

patriarca armenio

Jesús Hijo Único del Padre, 2 (SC 203. Jésus Fils Unique du Père, Cerf, 1973), trad. sc@evangelizo.org

¡Tú, Tesoro Celeste!

Cuando encontré el tesoro en el campo, No vendí lo que podía perimir, Mi enemigo lo robó, Y me dio en cambio lo que pueden quitarme.

Tú que eres el Tesoro celeste, Te suplico de todo corazón, Otórgame la sabiduría de ubicar mi tesoro en el cielo, Y mantener en lo Alto el pensamiento de mi corazón.

Tesoro que el ladrón nocturno No puede llevarse en secreto, Ya que es guardado seguro, con vigilancia, Según tu mandamiento luminoso.

Palabras del Santo Padre Francisco

«La reacción del que encuentra la perla o el tesoro es prácticamente igual: el hombre y el mercader venden todo para comprar lo que más les importa. Con estas dos similitudes, Jesús se propone involucrarnos en la construcción del Reino de los cielos, presentando una característica esencial de la vida cristiana: se adhieren completamente al Reino aquellos que están dispuestos a jugarse todo, que son valientes. De hecho, tanto el hombre como el mercader de las dos parábolas venden todo lo que tienen, abandonando así sus seguridades materiales. De esto se entiende que la construcción del Reino exige no solo la gracia de Dios, sino también la disponibilidad activa del hombre. ¡Todo lo hace la gracia, todo! De nuestra parte

solamente la disponibilidad a recibirla, no la resistencia a la gracia: la gracia hace todo, pero es necesaria “mi” responsabilidad, “mi” disponibilidad». (*S.S. Francisco, Ángelus del 26 de julio de 2020*).

Meditación

En el Evangelio de hoy Jesús cuenta dos parábolas muy similares. Podríamos preguntarle: Jesús, ¿por qué repetiste lo mismo dos veces y casi con la misma imagen? ¿No es muy parecido el tesoro escondido a la perla fina de gran valor? ¿Cuál es la diferencia? Pregúntaselo a Él.

Creo que una respuesta puede estar en fijarnos qué papel tiene “el reino de los cielos” en cada parábola. En la primera este reino se parece al tesoro, pero en la segunda el reino se parece al comerciante. Un poco extraño, ¿no? ¿Qué es este reino? Jesús estaba hablando sobre el Cielo, sobre la santidad, pero también sobre la vida en unión con Él ya en esta vida. Puedes preguntarle, ¿qué es el reino de los cielos para mí, hoy?

Y luego, fíjate de nuevo en las parábolas. En la primera, el que encuentra el tesoro es quien va a vender todo para comprar el terreno. Tal vez hoy el Señor te llama a dejar algo para estar más cerca de ese reino, a ser tú el que va en búsqueda de ese terreno. Mientras que en la segunda sucede lo contrario, es el comerciante de perlas el que se identifica con el reino. Y entonces, la perla ¿quién es? Somos tú y yo. Tú eres la perla preciosa para Dios. Y es su reino el que sale a tu encuentro, sale a buscarte, sale a darte todo por ti, porque lo vales. ¿Todo? Sí, todo, hasta hacerse hombre y dar la vida por ti en una cruz. Tal vez hoy el Señor te llama a dejarte amar, a dejarte encontrar, a experimentarte como una perla preciosa. Deja que Jesús hable a tu corazón y te diga cuál de estas dos parábolas toca más tu corazón hoy.

Oración final

Señor, yo, en cambio, cantaré tu fuerza,
aclamaré tu lealtad por la mañana;
pues has sido un baluarte para mí,
un refugio el día de la angustia. (Sal 59,17)

JUEVES, 01 DE AGOSTO DE 2024

SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO, OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA (MO)

El Juicio como recompensa, no castigo

Oración introductoria

Oh, Espíritu Santo, lléname de ti, que mis pensamientos sean los tuyos, mis emociones estén en unión contigo, que todo mi ser y mi obrar participen de tu ser y de tu obrar. Amén.

Petición

Ven Espíritu Santo, ilumina mi entendimiento y fortalece mi voluntad

Lectura del libro de Jeremías (Jer. 18, 1-6)

Palabra que el Señor dirigió a Jeremías: «Anda, baja al taller del alfarero, que allí te comunicaré mi palabra». Bajé al taller del alfarero, que en aquel momento estaba trabajando en el torno. Cuando le salía mal una vasija de barro que estaba torneando (como suele ocurrir al alfarero que trabaja con barro), volvía a hacer otra vasija, tal como a él le parecía. Entonces el Señor me dirigió la palabra en estos términos: «¿No puedo yo trataros como este alfarero, casa de Israel? - oráculo

del Señor -. Pues lo mismo que está el barro en manos del alfarero, así estáis vosotros en mi mano, casa de Israel».

Salmo (Sal 145)

Dichoso a quien auxilia el Dios de Jacob.

Alaba, alma mía, al Señor: alabaré al Señor mientras viva, tañeré para mi Dios mientras exista. R.

No confiéis en los príncipes, seres de polvo que no pueden salvar; exhalan el espíritu y vuelven al polvo, ese día perecen sus planes. R.

Dichoso a quien auxilia el Dios de Jacob, el que espera en el Señor, su Dios, que hizo el cielo y la tierra, el mar y cuanto hay en él. R.

Lectura del santo Evangelio según san Mateo (Mt. 13, 47-53)

En aquel tiempo, dijo Jesús al gentío: «El reino de los cielos se parece también a la red que echan en el mar y recoge toda clase de peces: cuando está llena, la arrastran a la orilla, se sientan, y reúnen los buenos en cestos y los malos los tiran. Lo mismo sucederá al final de los tiempos: saldrán los ángeles, separarán a los malos de los buenos y los echarán al horno de fuego. Allí será el llanto y el rechinar de dientes. ¿Habéis entendido todo esto?». Ellos le responden: «Sí». Él les dijo: «Pues bien, un escriba que se ha hecho discípulo del reino de los cielos es como un padre de familia que va sacando de su tesoro lo nuevo y lo antiguo». Cuando Jesús acabó estas parábolas, partió de allí.

Releemos el evangelio

Benedicto XVI

papa 2005-2013

Encíclica «Spe Salvi », 45-46

«En la rivera»

Con la muerte, la opción de vida hecha por el hombre se hace definitiva –su vida está delante del Juez. La opción que a lo largo de la vida ha ido tomando una forma concreta, puede tener diversas características. Puede haber personas que han destruido totalmente en ellas el deseo de la verdad y la disponibilidad para el amor, personas en las cuales todo se ha hecho mentira, personas que han vivido para el odio y que en ellas mismas han pisoteado el amor. Es una terrible perspectiva, pero ciertos personajes de nuestra historia dejan entrever, de manera espantosa, la existencia de perfiles de esta clase. En semejantes individuos ya no habría posible remedio para nada y la destrucción del bien sería irrevocable: esto es lo que se quiere indicar con la palabra «infierno».

Por otra parte, puede haber personas muy puras, que se han dejado penetrar enteramente por Dios y que, por consiguiente, están totalmente abiertas al prójimo; personas que ya desde ahora han dejado que su ser esté totalmente orientado a Dios y el mero hecho de ir hacia él es tan sólo el cumplimiento de lo que ya son.

Sin embargo, y según nuestras experiencias, ni un caso ni otro son los normales en la existencia humana. En la mayoría de los hombres –como lo podemos suponer- una última apertura interior a la verdad, al amor, a Dios, permanece presente en lo más profundo de su ser. Pero en las opciones concretas de la vida, su opción ha quedado desde siempre recubierta con nuevos pactos con el mal... ¿Qué ocurre con estos individuos cuando se presentan ante el Juez?

¿Acaso todas las cosas sucias que han ido acumulando a lo largo de su vida, de repente se volverán insignificantes?... En la primera carta a los Corintios, san Pablo nos da una idea del diferente impacto que será el juicio de Dios sobre el hombre según su estado... «Encima del cimiento ya puesto se puede edificar con oro, plata, piedras preciosas o con madera, heno o paja: lo que ha hecho cada uno saldrá a la luz; el día del juicio lo manifestará; porque ese día despuntará con fuego, y el fuego pondrá a prueba la calidad de cada construcción. Aquél, cuya obra, construida sobre el cimiento, resista, recibirá la recompensa. Más aquél, cuya obra quede abrasada, sufrirá el daño. El, no obstante, quedará a salvo, pero como quien pasa a través del fuego» (3,12-15).

Palabras del Santo Padre Francisco

«El camino es Jesús: hacerle subir a nuestra «barca» y remar mar adentro con Él. ¡Él es el Señor! Él cambia la perspectiva de la vida. La fe en Jesús conduce a una esperanza que va más allá, a una certeza fundada no sólo en nuestras cualidades y habilidades, sino en la Palabra de Dios, en la invitación que viene de Él. Sin hacer demasiados cálculos humanos ni preocuparse por verificar si la realidad que os rodea coincide con vuestras seguridades. Remad mar adentro, salid de vosotros mismos; salir de nuestro pequeño mundo y abrimos a Dios, para abrimos cada vez más también a los hermanos. Abrirnos a Dios nos abre a los demás. Abrirse a Dios y abrirse a los demás. Dar algún paso más allá de nosotros mismos; pequeños pasos, pero dadlos. Pequeños pasos, saliendo de vosotros mismos hacia Dios y hacia los demás, abriendo el corazón a la fraternidad, a la amistad, a la solidaridad». *(S.S. Francisco, Discurso del 22 de septiembre de 2013).*

Meditación

Cuando Jesús habla de separar los malos de los buenos, y de tirar los malos al horno encendido, uno puede llenarse de espanto y preocupación. Y no es de sorprenderse de este tipo de reacciones cuando se habla del juicio que todos tendremos al final de los tiempos. Pero nuestras reacciones tienen que ver mucho con dos cosas: nuestra concepción de Dios y nuestra concepción de nosotros mismos. ¿Dios para ti es un juez que ve tus acciones con el propósito de encontrar lo malo y así mandarte al horno encendido? ¿Estás preocupado porque crees que tú no eres capaz de alcanzar la eterna felicidad?

Respondiendo a la segunda pregunta, es verdad que ninguno de nosotros es capaz por sí sólo de alcanzar la eterna felicidad... Pero eso no significa que sea inalcanzable. Tenemos a Dios hecho hombre, en Jesús, quien nos ha revelado el amor del Padre y quien nos aseguró de su presencia hasta el fin del mundo. Sí, necesitamos de un Dios que asuma nuestra naturaleza, que se haga nuestro hermano capaz de cargar con nuestro sufrimiento y redimirlo: ¿Acaso no hizo esto Jesús? Él es el buen pastor a cuyo lado no se teme el espanto nocturno: ¿estamos a su lado?

Sí, habrá un juicio delante de Dios. Pero esto es más una consolación que una desesperación, si vivimos de cara a Él. Dios no es un juez buscando lo malo que hacemos como excusa para mandarnos al infierno. Él es el Padre que busca lo bueno que hemos hecho para así acogernos en su morada. Sí, tus acciones buenas, hasta las más escondidas que nadie ve y las que parecen menos impactantes, van a ser vistas por tu Padre Dios y serán recompensadas. ¿Acaso no llena de felicidad saber esto? Dios quiere decirnos lo que se lee en Mateo 25, 23: “Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el reino de tu señor”. ¿Estamos viviendo para esto?

Oración final

¡Alaba, alma mía, a Yahvé!
A Yahvé, mientras viva, alabaré,
mientras exista tañeré para mi Dios. (Sal 146,1-2)

VIERNES, 02 DE AGOSTO DE 2024

Es Jesús un hombre ordinario

Oración introductoria

Señor mío y Dios mío, aumenta mi fe. Que durante este día pueda ver tu mano santificadora. Ayúdame en mi incredulidad.

Petición

Padre mío, ayúdame a vivir como un verdadero hijo tuyo.

Lectura del libro de Jeremías (Jer. 26, 1-9)

Al comienzo del reinado de Joaquín, hijo de Josías, rey de Judá, recibió Jeremías esta palabra de parte del Señor: «Así dice el Señor: “Ponte en el atrio del templo y, cuando los ciudadanos de Judá entren en él para adorar, les repites a todos las palabras que yo te mande decirles; no dejes ni una sola. A ver si escuchan y se convierte cada cual, de su mala conducta, y así me arrepentiré del mal que tengo pensado hacerles a causa de sus malas acciones. Les dirás: “Esto dice el Señor: Si no me obedecéis y cumplís la ley que os promulgué, si no escucháis las palabras de mis siervos los profetas, que os he enviado sin cesar (a pesar de que no hacíais caso), trataré a este templo como

al de Siló, y haré de esta ciudad fórmula de maldición para todos los pueblos de la tierra”». Los profetas, los sacerdotes y todos los presentes oyeron a Jeremías pronunciar estas palabras en el templo del Señor. Cuando Jeremías acabó de transmitir cuanto el Señor le había ordenado decir a la gente, los sacerdotes, los profetas y todos los presentes lo agarraron y le dijeron: «Eres reo de muerte. ¿Por qué profetizas en nombre del Señor que este templo acabará como el de Siló, y que esta ciudad quedará en ruinas y deshabitada?». Y el pueblo se arremolinó en torno a Jeremías en el templo del Señor.

Salmo (Sal 68)

Que me escuche tu gran bondad, Señor.

Más que los pelos de mi cabeza son los que me odian sin razón; numerosos los que me atacan injustamente. ¿Es que voy a devolver lo que no he robado? R.

Por ti he aguantado afrentas, la vergüenza cubrió mi rostro. Soy un extraño para mis hermanos, un extranjero para los hijos de mi madre. Porque me devora el celo de tu templo, y las afrentas con que te afrentan caen sobre mí. R.

Mi oración se dirige a ti, Señor, el día de tu favor; que me escuche tu gran bondad, que tu fidelidad me ayude. R.

Lectura del santo Evangelio según san Mateo (Mt. 13, 54-58)

En aquel tiempo, Jesús fue a su ciudad y se puso a enseñar en su sinagoga. la gente decía admirada: «¿De dónde saca este esa sabiduría y esos milagros? ¿No es el hijo del carpintero? ¿No es su madre María, y sus hermanos Santiago, José, Simón y Judas? ¿No viven aquí todas sus hermanas? Entonces, ¿de dónde saca todo eso?». Y se

escandalizaban a causa de él. Jesús les dijo: «Solo en su tierra y en su casa desprecian a un profeta». Y no hizo allí muchos milagros, por su falta de fe.

Releemos el evangelio

San Máximo el Confesor (c. 580-662)

monje y teólogo

Capita theologica, 1, 8-13: PG 90, 1182-1186.

«¿No es el Hijo del Carpintero?»

El Verbo de Dios ha nacido por todos una vez según la carne. Pero, a causa de su amor a los hombres, desea nacer sin pararse según el espíritu en estos que le desean. Él se hace niño pequeño y se desarrolla en ellos al mismo tiempo que las virtudes; se manifiesta en la medida en que sabe que el que le recibe es capaz. Actuando de este modo, no puede tener celos el que espera el brillo de su propia grandeza, porque él capacita y mide la capacidad de estos que desean verle.

De este modo el Verbo de Dios se revela siempre a nosotros a la manera que nos conviene y sin embargo vive invisible en todos, por la inmensidad de su misterio. Por esto el Apóstol por excelencia, considerando la fuerza de este misterio, dice con sensatez: «Jesucristo es el mismo ayer, hoy, y siempre» (Hb 13,8); contempla este misterio siempre nuevo que la inteligencia jamás terminará de escrutar... La fe sólo puede comprender este misterio, ella que está en el fondo de todo lo que desborda la inteligencia y desafía la expresión.

Palabras del Santo Padre Francisco

«El Evangelio nos presenta un cambio de sentimientos en las personas que escuchan al Señor. El cambio es dramático y nos muestra

cuánto la persecución y la Cruz están ligadas al anuncio del Evangelio. La admiración que suscitan las palabras de gracia que salían de la boca de Jesús duró poco en el ánimo de la gente de Nazaret. Una frase que alguien murmuró en voz baja: “pero ¿quién es este? ¿El hijo de José?”. Esa frase se “viralizó” insidiosamente. Y todos: “pero ¿quién es este? ¿No es el hijo de José?” Se trata de una de esas frases ambiguas que se sueltan al pasar. Uno la puede usar para expresar con alegría: “Qué maravilla que alguien de origen tan humilde hable con esta autoridad”. Y otro la puede usar para decir con desprecio: “Y éste, ¿de dónde salió? ¿Quién se cree que es?”. Si nos fijamos bien, la frase se repite cuando los apóstoles, el día de Pentecostés, llenos del Espíritu Santo comienzan a predicar el Evangelio. Alguien dijo: “¿Acaso no son Galileos todos estos que están hablando?”. Y mientras algunos recibieron la Palabra, otros los dieron por borrachos.» *(Homilía de S.S. Francisco, 1 de abril de 2021).*

Meditación

En este Evangelio se observa la mentalidad del pueblo judío en los tiempos de nuestro Señor, la cultura del desprecio, la visión del propio yo. Ante tal sabiduría y conocimiento de Jesús en su propia tierra, se le desprecia y rebaja por ser un descendiente de personas ordinarias. La atmósfera del egoísmo y la mediocridad humana opaca la grandeza y el poder divino. ... «y se preguntaban: ¿De dónde ha sacado éste esa sabiduría y esos poderes milagrosos? ¿Acaso no es éste el hijo del carpintero?». En relación con mi vida, ¿cuántas veces pasan cosas o sucesos que afectan de buena forma mi vida y no pienso que sea la mano del Señor?, ¿agradezco a Dios por las cosas que tengo, por las experiencias que vivo?

Mi vida se puede ir acostumbrando a una rutina donde poco a poco se va opacando la visión sobrenatural de la acción de Dios. Por ello, debo pedirle al Señor que me abra los ojos a su acción, que

incremento en mí la fe, que no viva en la mediocridad y el desánimo, sino que trate de ver cómo Dios se manifiesta a través de los sucesos de mi vida y escuchar la voz de los profetas de hoy que claman la apertura a la gracia y el acercamiento personal con Jesús en la oración.

Oración final

Pero a mí, desdichado y malherido,
tu salvación, oh, Dios, me restablecerá.
Celebraré con cantos el nombre de Dios,
lo ensalzaré dándole gracias. (Sal 69,30-31)

SÁBADO, 03 DE AGOSTO DE 2024

La identidad de hijo

Oración introductoria

Señor Jesús, en este día quiero entregarte nuevamente mi corazón, para que seas Tú quien habite en él, para que seas Tú quien dirija mi vida, para que seas Tú quien mueva mis deseos y afectos.

Hazme dócil a tus inspiraciones, concédeme la gracia de escuchar tu voz y con un corazón enamorado de ti pueda responder con amor y gran alegría a la invitación que me haces en este día, de vivir más cerca y con una mayor convicción de ser tu hijo.

Petición

Jesús, te pido me concedas un amor valiente y una fe decidida, por los que sea capaz de ponerte siempre y en todo en primer lugar.

Lectura del libro de Jeremías (Jer. 26, 11-16. 24)

En aquellos días, los sacerdotes y los profetas dijeron a los magistrados y a la gente: «Este hombre es reo de muerte, porque ha profetizado contra esta ciudad, como lo habéis podido oír vosotros mismos». Jeremías respondió a los magistrados y a todos los presentes: «El Señor me ha enviado a profetizar contra este templo y esta ciudad todo lo que acabáis de oír. Ahora bien, si enmendáis vuestra conducta y vuestras acciones y escucháis la voz del Señor vuestro Dios, el Señor se arrepentirá de la amenaza que ha pronunciado contra vosotros. Yo, por mi parte, estoy en vuestras manos: haced de mi lo que mejor os parezca. Pero, sabedlo bien: si me matáis, os haréis responsables de sangre inocente, que caerá sobre vosotros, sobre esta ciudad y sobre sus habitantes. Porque es cierto que el Señor me ha enviado para que os comunique personalmente estas palabras». Los magistrados del pueblo dijeron a los sacerdotes y a los profetas: «Este hombre no es reo de muerte, pues nos ha hablado en nombre del Señor nuestro Dios». Entonces Ajicán, hijo de Safán, se hizo cargo de Jeremías para que no lo entregaran al pueblo y le dieron muerte.

Salmo (Sal 68)

En el día de la gracia, escúchame, Señor.

Arráncame del cieno, que no me hunda; líbrame de los que me aborrecen, y de las aguas sin fondo. Que no me arrastre la corriente, que no me trague el torbellino, que no se cierre la poza sobre mí. R.

Yo soy un pobre malherido; Dios mío, tu salvación me levante. Alabaré el nombre de Dios con cantos, proclamaré su grandeza con acción de gracias. R.

Miradlo, los humildes, y alegraos, buscad al Señor, y revivirá vuestro corazón. Que el Señor escucha a sus pobres, no desprecia a sus cautivos. R.

Lectura del santo Evangelio según san Mateo (Mt. 14, 1-12)

En aquel tiempo, oyó el tetrarca Herodes lo que se contaba de Jesús y dijo a sus cortesanos: «Ese es Juan el Bautista, que ha resucitado de entre los muertos, y por eso las fuerzas milagrosas actúan en él». Es que Herodes había mandado prender a Juan y lo había metido en la cárcel encadenado, por motivo de Herodías, mujer de su hermano Filipo; porque Juan le decía que no le era lícito vivir con ella. Quería mandarlo matar, pero tuvo miedo de la gente, que lo tenía por profeta. El día del cumpleaños de Herodes, la hija de Herodías danzó delante de todos, y le gustó tanto a Herodes que juró darle lo que pidiera. Ella, instigada por su madre, le dijo: «Dame ahora mismo en una bandeja la cabeza de Juan el Bautista». El rey lo sintió, pero, por el juramento y los invitados, ordenó que se la dieran; y mandó decapitar a Juan en la cárcel. Trajeron la cabeza en una bandeja, se la entregaron a la joven, y ella se la llevó a su madre. Sus discípulos recogieron el cadáver, lo enterraron, y fueron a contárselo a Jesús.

Releemos el evangelio

San Juan Crisóstomo (c. 345-407)

presbítero en Antioquía, después obispo de Constantinopla, doctor de la Iglesia
Homilía sobre San Mateo, nº 48

La muerte de Juan el Bautista

“Quiero que ahora mismo me des en una bandeja la cabeza de Juan el Bautista.” Y Dios lo permitió, no lanzó su rayo desde lo alto de los cielos para devorar a ese rostro insolente; no ordenó a la tierra que se abriera para engullir a los invitados a este banquete horrible.

Dios dio así una corona más bella al justo y dejó una magnífica consolación a los que, en el futuro, serían también víctimas de semejantes injusticias. Escuchemos, pues, todos los que, a pesar de nuestra vida honesta, tenemos que sufrir de parte de los malvados... El más grande de los nacidos de mujer (Lc 7,28) ha sido asesinado a petición de una hija impúdica, de una mujer perdida; Y todo ello por haber defendido las leyes divinas. Que estas consideraciones nos hagan soportar valientemente nuestros propios sufrimientos...

Pero fíjate en el tono moderado del evangelista, el cual, en la medida de lo posible, busca circunstancias atenuantes a este crimen. En cuanto a Herodes, hace notar que actúa así “a causa del juramento hecho delante de los invitados” y que “se entristeció”; en cuanto a la joven hace notar que había sido “aconsejada por su madre”... Igualmente nosotros, no odiamos a los malvados, no critiquemos las faltas del prójimo sino que, escondámoslas tan discretamente como nos sea posible; que la caridad encuentre cobijo en nuestras almas. Porque en lo que se refiere a esta mujer impúdica y sanguinaria, el evangelista ha hablado con toda la moderación posible... Tú, por el contrario, no dudas en tratar a tu prójimo con malicia... Toda la diferencia está en la manera de actuar de los santos; lloran por los pecadores en lugar de maldecirlos. Hagamos como ellos; lloremos por Herodías y por los que la imitan. Porque hoy día vemos muchos banquetes del mismo estilo del de Herodes; cierto que no se da muerte al Precursor, pero en ellos se destroza a los miembros de Cristo.

Palabras del Santo Padre Francisco

«La Iglesia os quiere hombres de fe, maestros de fe, que enseñéis a los fieles a no tener miedo de los muchos Herodes que los afligen con persecuciones, con cruces de todo tipo. Ningún Herodes es capaz de apagar la luz de la esperanza, de la fe y de la caridad de quien cree

en Cristo. La Iglesia os quiere hombres de testimonio». (*Homilía de S.S. Francisco, 29 de junio de 2015*).

Meditación

En este pasaje del santo Evangelio, queda al descubierto una de las tentaciones más grandes del corazón humano: aparentar ser alguien que no soy, buscando satisfacer el deseo de ser aceptado socialmente por las personas que nos rodean. Como podemos ver, Herodes actúa en contra de su propio corazón y de la estima que sentía por su amigo; la presión social de los invitados y la promesa que había hecho, guían e influyen la decisión que tomó, es decir, el asesinato de San Juan Bautista.

Muchas veces, pueden existir en nuestro corazón tentaciones similares, no siempre hasta tomar decisiones tan descabelladas; sin embargo, la presión social, el famoso “qué dirán de mí” y el buscar la aprobación de quienes me rodean, pueden convertirme en alguien completamente diverso a quien soy.

El Señor en este día nos quiere invitar a cultivar un corazón libre de toda atadura social, de querer aparentar alguien que no soy. Ciertamente, es algo difícil de lograr, pero la clave está en reconocer quién soy, reconocer que mi vida gira alrededor de una identidad tan profunda que nunca nadie jamás podrá cambiar, yo también soy el hijo amado de Dios, en quien Él se complace

Oración final

Lo han visto los humildes y se alegran,
animaros los que buscáis a Dios.
Porque Yahvé escucha a los pobres,
no desprecia a sus cautivos. (Sal 69,33-34)